

Todos gozaban en casa de la marquesa, y solo el amigo de Diego era el que padecía.

Hemos dicho mal, no todos los miembros de la casa de la Marquesa gozaban; habia otro que estaba tambien lleno de amargura.

Este era la hermana de Elvira.

Amelia era el tipo contrario de aquella.

Era jorobada.

Pero jamás en un cuerpo tan deforme se habia colocado un alma más angelical.

Ver al poeta y amarle todo habia sido uno.

Pero conforme para Elvira aquel conocimiento la habia proporcionado placeres, para Amelia todos fueron dolores.

Cárlos no podia amarla nunca.

La pobre jorobada guardó su amor en el fondo de su pecho, y nadie lo llegó á comprender jamás.

Conocia á su hermana, y sabía que Cárlos habria de sufrir mucho con aquel cariño.

Y así sucedió.

Cuando ella le vió padecer, padeció tambien, y los dos eran los únicos que sufrían.

VI.

El poeta paseaba con Elvira.

Amelia y su madre marchaban á algunos pasos de ellos, y un poco más retirado, un lacayo seguia respetuosamente los pasos de sus señores.

—Elvira mia, decia Cárlos, de qué nace ese extraño despego que noto hace algunos dias en tí?

—Ya te he dicho muchas veces, contestó la jóven, que son ilusiones tuyas tan solo.

—Ilusiones!...quieres acaso decir que tu pasion hoy es la misma que hace un mes?

—Y por qué no?

—La vista de los amantes es demasiado perspicaz, y la mía lee en el fondo de tu corazón, y se que no me amas.

—Siempre lo mismo!...repuso con un gesto de mal humor la jóven.

—Todo me revela lo que te he dicho antes; en otro tiempo no te ofendias de mis palabras, no las escuchabas con disgusto; pero ahora... Oh! desde la venida de los franceses has cambiado mucho, Elvira.

—Tanto me has repetido eso, Carlos, que casi me lo vas á hacer creer, dijo la hija de la marquesa con un gesto de coquetería encantadora.

—Y es la verdad: sus galanterías...

—Eso sí, los franceses son tan galantes, que no dirian jamás á una señora cosas que la disgustasen como hacen ciertos españoles.

—Si las señoras no diesen pié para que se las digieran, nunca los españoles dejaran que los franceses fuesen más galantes que ellos, repuso Cárlos acentuando marcadamente sus palabras.

—Ea, dejemos esa conversacion.

—No puede ser; ha llegado el momento de que hablemos con franqueza, y es necesario que sepamos cuál es nuestra posicion: Murat cada dia está más obsequioso contigo y....

—Acaso querrias que me tratase con desdén?

—De lo uno á lo otro hay un medio, que es el que debia de usar: es cierto tambien que como vé la buena acogida que tú le dispensas...

—Oid, caballero, dijo Elvira interrumpiéndole, y poniéndose excesivamente seria, no necesito que me digais la manera con que debo tratar á las personas: si me hablan con afecto, debo corresponder con el mismo; vuestros celos son extraordinariamente ridiculos, y ya se van haciendo pesados.

—Pero...

—Lo dicho, Carlos; si continuamos de esta manera nuestros amores, no será más que un manantial continuo de disgustos;

habeis creido que podiais erigiros en mi censor constante, y como en mis acciones nada hallo de censurable todavia, ni puedo ni debo tolerar tantas reconvenciones.

—Escúchame, Elvira mia, y perdona si mi amor herido exhala alguna queja que te pueda ofender.

—Tratad de enmendaros, si quereis seguir mereciendo mi cariño.

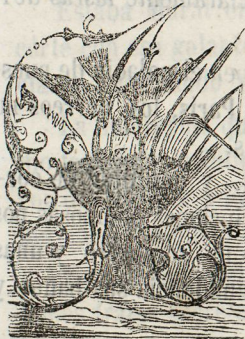
Y la altanera belleza se separó algunos pasos y se unió con su madre y su hermana.

Carlos ahogó como pudo su disgusto y siguió acompañando á las tres señoras durante algun tiempo, al cabo del cual, aquellas entraron en el coche que las esperaba al final del paseo, y el poeta cabalgó en un caballo que tambien le esperaba junto al carruaje, y juntos penetraron por la puerta de Segovia en la coronada villa.

CAPITULO II.

Apuntes históricos muy necesarios para los sucesos que han de seguirse despues.

I.



un cuando ya conocen nuestros lectores algunos detalles del famoso motin de Aranjuez, y las consecuencias que este trajo en pos de sí, nos parece muy conveniente ampliarlos más, para la mejor inteligencia de los hechos que han de seguirse.

Proclamado rey Fernando VII, se apresuró á hacer su entrada en Madrid ; pero no fué tanto que no se le anticipase e duque de Berg, que al frente del primer cuerpo del ejército francés se presentó en la córte el día 23 de Marzo.

Al día siguiente S. M. y la real familia entraron en la cór-

te. Los gritos de regocijo y vivas de sus moradores rayaban en delirio.

Esta escena que presenciaba Murat con harto sentimiento suyo, no podia menos de manifestarle el amor y cariño que todos los españoles profesaban á su rey.

Como se dijo que Napoleon venia detras del generalísimo francés, salieron de real órden á su recibimiento los duques de Medinaceli y de Frias, y el conde de Fernan-Núñez.

Entretanto el granduque de Berg atento siempre á realizar sus miras respecto á la real familia de España, servi ó del general, baron de Monthion, y envió á explorar el ánimo de los reyes padres, que á la sazón se hallaban en Aranjuez.

De estas conferencias, cuyo objeto principal era salvar la vida de Godoy, y librarse de los males con que se veian amenazados por los emisarios franceses, resultó una correspondencia seguida con Murat, la reina madre y la de Etruria; pero queriendo despues sacar partido de estas cartas, las alteraron en lo sustancial, para hacer dudosa por este medio la libre abdicacion de Cárlos IV.

La zozobra é incertidumbre se aumentaba de dia en dia, y los españoles veian desaparecer las esperanzas que habian concebido, ó mejor dicho, comprendieron claramente las ras del emperador francés.

Ya se le tenia alojamiento preparado en el palacio de nuestros reyes, y aunque no habia salido de París, los correos no dejaban en este tiempo sus idas y venidas.

Llegó un aposentador de S. M. I. y multitud de correos, que bajo la salvaguardia de descripciones pompósas nos introducian el contrabando. Se enseñó un sombrero y unas botas imperiales, se describieron con menudencia sus baños y muebles.

Se preparaban bailes, carreras de caballos, y otra multitud de obsequios cuyo objeto único era engañar al gobierno y al pueblo de una manera tan hipócrita y vil, que fácilmente se comprende ahora, abusaban de la sencillez del pueblo español.

El gobierno estaba fascinado completamente, así como lo

estaba el rey: únicamente donde habia un fondo de recelo era entre el pueblo, que no adivinaba el por qué aquellas tropas permanecían en Madrid, y qué idea se habian llevado al apoderarse de una manera tan baja y tan rastrera de algunas plazas de las más importantes de la península.

El duque de Berg y Fernando VII no se miraban con gran afecto, porque ambos tenian ideas muy distintas y era imposible que se pudieran avenir.

El monarca español habia deseado constantemente que Napoleón le reconociese como rey y le diese el tratamiento de tal.

Este deseo lo habia manifestado muchas veces á Murat y aun le habia indicado que se interesase él con su señor para obtener esto.

Pero el duque que conocia los proyectos de su amo y que por lo tanto sabia lo inútil que serian estas palabras, se habia contentado con darle algunas esperanzas; pero sin crearse nunca un compromiso formal.

De resultas de esto habia cierta tibieza entre ambos, ó mejor dicho, un desden tan marcado que se hizo mucho mas ostensible una noche en que los dos por una casualidad se encontraron en las habitaciones de la reina de Etruria.

Estaba Murat en el cuarto de esta señora haciéndole la corte con esa galantería peculiar á los franceses, cuando anunciaron á Fernando VII.

La deferencia que la reina demostraba hácia el generalísimo francés y la intimidad que revelaba tal entrevista no dejaron de extrañar á Fernando que trataba con cierta etiqueta á su hermana y á quien esta correspondia de la misma manera.

Esto debió revelar al inesperto monarca, que mediaban algunos tratos secretos entre los franceses y los mismos miembros de su familia y debió de abrirle los ojos para lo sucesivo.

Pero no fué así; aunque extrañándose de aquella entrevista penetró el monarca en la habitacion grave y severo sin merecerle á Murat la más mínima prueba de atencion y cortesía; no solamente de las que como rey merecia, sino ni aun las que

como de caballero y hermano de la señora en cuya habitacion estaban, le correspondia.

Si desdeñoso y altivo estuvo el de Berg, no lo estuvo menos el rey y así permanecieron algunos momentos de pié ambos, sin trocarse la más minima palabra, hasta que conociendo la reina de Entruria todo lo embarazoso de su situacion, se puso al piano y empezó á recorrer su teclado haciendo brotar de él bellisimas armonias.

Pero ninguno de los dos habia ido allí á escuchar música y por lo tanto con la misma gravedad, con la misma indiferencia hasta cierto punto, se salieron de la estancia sin haberse dicho una palabra.

Este suceso debió llamar la atencion del rey y ponerle sobre aviso; pero sucedió todo lo contrario; como siempre, y sin recelar nada, marchó al dia siguiente para Búrgos.

Pero vemos que nos hemos anticipado demasiado y aun debemos dar á nuestros lectores algunos antecedentes sobre otros hechos ocurridos antes de la marcha del rey y que no menos interesantes que el que acabamos de referir, demuestran hasta qué punto llegaba la audacia y la ficcion de los franceses y la confianza injustificable de la corte del monarca español.

El agente Izquierdo, á su vuelta á París, reclamó las faltas en los tratados y recibió una nota del príncipe de Benevento, en la cual se fijaban cuatro bases que debia admitir la España antes que pasaran á tratar de su suerte.

La presteza con que se le exigia la contestacion, hizo que Izquierdo remitiese al dia siguiente la nota á Madrid, la cual no pudo llegar á manos del válido por su caida anterior.

Bonaparte recibió la carta del rey Cárlos el dia 26 de marzo, en que le participaba la destitucion del Príncipe de la Paz y el 28 recibió otra en que le comunicaba su abdicacion en su primogénito don Fernando.

Naturalmente estas noticias debieron desagradar al emperador, que contaba con el auxilio del Príncipe de la Paz para

llevar á cabo los planes que se habia propuesto sobre la península.

Sus proyectos quedaron trastornados por el pronto.

Con fecha del 23 escribió á Murat dándole instrucciones que, si en unos puntos probaban los talentos del emperador y su conocimiento del carácter español, cometia otros errores, que aumentados por su ejecutor, agravaban más y más la situacion.

Esto hacia que Murat entrase en desconfianza, comprendiendo que si llegaba á encenderse la guerra se realizarian sus temores, y todo seria perdido.

Llegando las cosas á este punto Napoleon tuvo que decidirse á trasladarse al lugar de la escena para enterarse por sí mismo, y apoderándose de las circunstancias, sacar de ellas el mejor partido posible.

Su llegada á Bayona se verificó por fin el dia 14 de Abril, desde cuyo punto hizo volver á la diputacion española, que le encontró cerca de Tours, y con este motivo los correos se aumentaron, lo mismo que los preparativos en Madrid para su recibimiento, y las conversaciones y juicios que de su llegada se formaron, causaron varios temores.

Sin embargo, el pueblo no apartaba la vista del objeto que le interesaba, y todas las acciones, todos los movimientos y pasos públicos de los generales y agentes franceses, les empezaba á descubrir las siniestras intenciones de Napoleon.

Murat insistia obstinadamente en no reconocer por rey á Fernando VII, considerando violenta la abdicacion de D. Carlos, que diariamente daba muestras de estar arrepentido.

A pesar de esto, el gran duque no reparó en este escrúpulo para dirigirse á S. M. solicitando la espada que el rey de Francia Francisco I. rindió á nuestros generales en los campos de Pavia en los años de 1525, desde cuyo tiempo se conservaba en la Real Armería.

La condescendencia generosa del rey Fernando, satisfizo las instancias de Murat, entregando el glorioso trofeo de los españoles solemnemente y con magestuosa pompa el dia 4 de Abril.

Ya se aseguraba la entrada de Bonaparte en España, y el infante D. Carlos salió á felicitarle á ruegos del gran duque, el cual llegó hasta Tudela sin tener siquiera la menor noticia de S. M. I.

Para evitar el efecto que pudiera causar lo sucedido á S. A. se adelantó Savary hasta Madrid, poniendo en confirmacion el viaje de su amo á nuestra capital; al mismo tiempo anunció que continuando las relaciones de nuestra córte sin alteracion como en tiempo del rey Carlos, fácilmente seria reconocido el nuevo soberano.

Con esta lisoajera oferta escitó con empeño á S. M. para que en persona saliese él mismo hasta Búrgos, lisonjeando al emperador con esta prueba de cordialidad y franqueza.

Cevallos se opuso primeramente á semejante salida y varios ministros de su opinion hicieron lo mismo; pero tales eran las instancias de Savary y tales los compromisos que rodeaban á S. M. que fácilmente se desvaneció de todo temor y se dispuso á salir al encuentro del Emperador. A pesar de todo, como al gobierno español no se le ocultaban los eminentes peligros á que se exponia con tan arriesgada empresa, S. M. tomó una precaucion, hasta entonces desusada en otros viajes; de cuya precaucion debió sin duda depender la salvacion de nuestra pátria.

El día 8 de Abril, al mismo tiempo que anunciaba su marcha, resolvió el rey nombrar una junta de gobierno, que en su real nombre desempeñase todos los negocios, cuya presidencia encomendó al Infante don Antonio, con asistencia de los cuatro secretarios Piñuela, Ofarril, Azanza y Gil de Lemus.

Despues de dejar arreglados de este modo los asuntos, partió el rey don Fernando, el día 10, y el 12 llegó á Burgos acompañado del impostor Savary que le habia designado este punto como el más apropósito para terminar su viaje.

Sin embargo de ver en parte descubierta su falsedad, no por eso se avergonzó el Savary, antes bien insistió en seguir adelante como despues se verificó, á pesar de haber tenido lu-

gar algunos debates y dudas, que se redoblaron despues de su llegada á Vitoria, que se verificó el 14, aumentando considerablemente los temores é inconvenientes que ya se percibian de más cerca.

Pero ya no era tiempo de retroceder sin esponerse mucho, y á pesar de la gran oposicion del pueblo, que acertaba mejor en sus presentimientos, se arriesgó decididamente, continuando su viaje hasta la frontera, como se hizo saber por real órden de 18 de Abril.

El 19 salió S. M. de Vitoria y llegó á Irun, y al siguiente dia pasó el Vidasoa, penetrando en el territorio francés, lleno de zozobra; pero muy lejos de poderse figurar el desenlace que estaba reservado á aquel drama político.

Pero la ambicion de Napoleon, no estaba conseguida todavia.

Restábale para esto que toda la familia real de España hubiese abandonado sus dominios, á fin de dejar abandonadas las juntas y poder de esta manera satisfacer mejor sus intentos.

Para esto, consecuente á los deseos manifestados por los reyespadres, los hizo salir para Bayona el 15 de Abril del mismo año, llevando en su compañía una hija del príncipe de la Paz.

Napoleon que con un desden tan glacial, con una indiferencia tan insultante, habia recibido á Fernando VII, se mostró completamente diferente con Cárlos IV y su esposa.

El duque de Plasencia salió en su nombre á recibirlos hasta Irun, y en Bayona tuvieron por parte del emperador un recibimiento tan solemne y tan lleno de ostentacion que no pudo menos de extrañar á todas las personas que habian acompañado á las reales personas.

Dias despues de esto se trató tambien de la marcha de la reina de Etruria y de su hermano el infante don Francisco ,muy niño á la sazón.

Estas noticias que se esparcian, mejor dicho, que se adivinaban por el pueblo, á pesar del misterio con que se trataban de ocultar, llenaban de indignacion los ánimos y los preparaban para esa epopeya magnífica que más tarde ha reconocido la historia con el nombre de guerra de la independencía.

CAPÍTULO III.

El día 1.º de Mayo por la noche.—El pueblo murmura de la conducta de los franceses.—Alejandro y sus amigos.—Diego y Cárlos.—Se presenta Manuela en escena.



on la conducta de los franceses estaban extraordinariamente resentidos, el cariño por un lado, y por otro el orgullo peculiar de los españoles.

Estos por otra parte, nada hacian por atenuar la aversion que se despertaba en el corazon de los madrileños.

Parecia que estaban en un pais conquistado, y trataban á sus habitantes con un desden y una altanería que los exacerbabá.

De todas partes se quejaban lo mismo, y en todas partes se los toleraba por la fuerza y se los aborrecia cada vez más.

Algunos desórdenes habian ya ocurrido en diversas poblaciones, provocados por los excesos cometidos por los invasores, y estos hechos sabidos en Madrid aumentaban la animadversion que reinaba contra ellos.

Los jefes militares de algunas provincias hacian sus preparativos y acopios de armas y municiones para el caso no muy lejano en que estallase la guerra entre ambas naciones.

Los franceses por su parte andaban recelosos, y los españoles desconfiados; y como se comprende perfectamente, este estado violento por demás no podía prolongarse mucho.

Las reuniones secretas celebradas por algunos hombres de inteligencia y de patriotismo, aumentaban de dia en dia sus afiliados, y el pueblo se agitaba sordamente.

II.

Esta agitacion se demostraba cada dia con mayor fuerza y todo eran denuestos y recriminaciones á los franceses; denuestos que se manifestaron más enérgicamente el dia primero de Mayo.

Los españoles hacian correr de mano en mano sus manuscritos, oponiéndose enérgicamente á las publicaciones de la Gaceta, haciendo ridiculas, párrafo por párrafo, sus manifestaciones.

Estos manuscritos incendiaban, permítasenos esta palabra, los corazones de los buenos españoles, dándoles continuos avisos que los preparaban á la observacion sin reposo que debian guardar.

Los franceses reconocian en cada madrileño un enemigo dispuesto á vengar los ultrajes continuos que estaban recibiendo.

En el carácter del orgullo español, no podian menos de comprender que pronto habian de habérselas con un pueblo que los odiaba y que se procuraria su independenciam á toda costa.

Murat rodeado de su guardia imperial con grande aparato,

se mostraba diariamente ante el público de Madrid, y cuya objeto era imponerle, vista la insurreccion que tan próximo estaba á estallar y que ofrecia tan fundados temores.

Todos los domingos pasaba revista á sus tropas en el Prado, cuyo fin no era otro que el de hacer ostentacion, enseñando al pueblo las numerosas fuerzas de que podia disponer.

Los madrileños miraban estos espectáculos sucesivos con una frialdad tan desdeñosa, que fácilmente podia comprenderse que los despreciaban, y hasta podrá decirse, los insultaban sin el menor rebozo.

Como una prueba de esta verdad, el domingo primero de mayo pasaba Murat por la Puerta del Sol, volviendo de su acostumbrada revista.

Multitud de gente reunida en aquel punto alzaba un murmullo de sordo desdén, menospreciándole hasta el punto de terminar á silbidos.

Otras muestras igualmente significativas pudieron hacer comprender á Murat hasta qué punto se hallaba dispuesto el pueblo á manifestarle de otra manera su odio.

Aquel dia era de fiesta, y aun cuando la religion no lo hubiera creído así, al pueblo le bastaba su patriotismo y la memoria de su rey don Fernando, que era entonces el ídolo de los pechos de los buenos españoles.

Entre los que más silbaron y el que más desprecio hizo al generalísimo de las tropas francesas, fué el tio Pedro con su aprendices y oficiales.

Es verdad que si pecho español habia que aborreciese á las tropas del conquistador de Europa, éralo indudablemente el herrero de Lavapiés.

La animosidad contra los franceeses se aumentaba por instantes.

Las voces de que se llevaban á los últimos miembros de la familia real al dia siguiente, adquirian mayor fundamento, y todo el dia los corrillos se aumentaban á cada paso, y en todos ellos se hablaba del asunto que preocupaba los ánimos.

III.

La botillería de la Rosita estaba la noche del 1.º de mayo más llena que de costumbre.

Los consumidores ocupaban todas las habitaciones, y los cerebros un tanto exaltados por los vapores del vino, hacían que las lenguas se moviesen con demasiada rapidez, y que los pensamientos se formularan con demasiado atrevimiento.

Entre los parroquianos se contaban nuestros conocidos amigos Goliat, Maese Nicodemus, Aleluya y el señor Pedro, con toda su cáfila de operarios.

En la misma habitación donde dimos á conocer á stronues lectores á los tres primeros personajes, estaban reunidos aquellos y estos.

El señor Pedro y Goliat eran antiguos amigos, así como Maese Nicodemus lo era también del herrero.

Aleluya también tenía grandes relaciones entre los aprendices del padre de Antonio.

Colás era el amigo predilecto de Aleluya, y ambos eran dos de esos tipos originales que abundan en los barrios bajos de la villa del oso y del madroño.

Goliat, como de costumbre, no estaba de muy buen humor.

Su amada le era infiel á cada paso, y si antes lo era con los soldados de guardias españolas, después lo fué con los de la guardia imperial francesa.

Escusado creemos decir que con este motivo el buen carpintero odiaba tan cordialmente á los franceses como había odiado á todos los demás galanes de su querida.

—Sí señores, decía el señor Pedro pegando una fuerte puñada sobre la mesa, esto es insoportable; los franceses se dan ya los humos de señores, y nos miran con desprecio; consideran á los españoles como niños y...